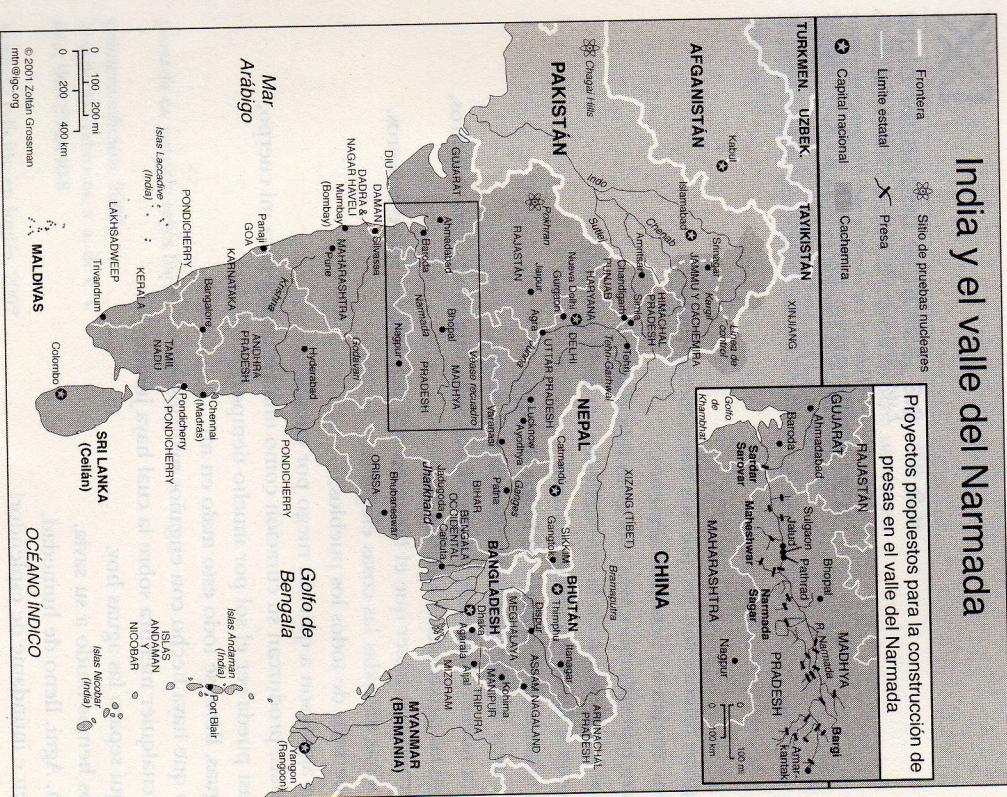


PREFACIO

En 1995, Ismail Serageldin, vicepresidente del Banco Mundial, hizo su multicitado pronóstico sobre el futuro de las guerras: "Las guerras de este siglo se libraron por el petróleo, pero las del siguiente siglo se librarán por el agua." Hay múltiples indicios de que Serageldin está en lo cierto. Relatos sobre la escasez de agua en Israel, India, China, Bolivia, Canadá, México, Ghana y Estados Unidos están acaparando los titulares de los principales periódicos, revistas y diarios académicos.¹ El 16 de abril de 2001, *The New York Times* publicó en primera plana un artículo sobre la escasez de agua en Texas. Al igual que Serageldin, este periódico pronosticó que, "en el caso de Texas, el agua —y no el petróleo— es oro líquido".²

Si bien *The New York Times* y Serageldin están en lo cierto acerca de la importancia del agua en los conflictos del futuro, las guerras del agua no son cosa del mañana. Nos rodean ya, pero no son siempre fácilmente identificables como guerras por el agua. Estas luchas son tanto guerras paradigmáticas —conflictos por nuestra manera de percibir y vivir el agua— como tradicionales, libradas con armas y granadas. Estos choques entre culturas del agua ocurren en cada sociedad. Recientemente, mientras viajaba a Jaipur, capital de Rajasthan, en India occidental, para asistir a una audiencia pública sobre sequía y hambruna, experimenté el choque de estas dos culturas del agua. En el tren de Delhi a Jaipur nos sirvieron agua embotellada, específicamente la marca Aquafina, de Pepsi. En las calles de Jaipur había otra cultura del agua. En el momento más difícil de la sequía, se instalaron pequeñas chozas techadas llamadas *Jal Mandirs* (templos



© 2001 Zoltan Grossman

mn@qc.org

¹ Para artículos sobre la crisis del agua impresos en las publicaciones más importantes durante 2001, véase Sandra L. Postel y Aaron T. Wolf, "Dehydrating Conflict", *Foreign Policy* septiembre/noviembre 2001, p. 60; "Crazed by Thirst: Canadians are in Lather Over Water Exports", *The Economist*, 15 de septiembre de 2001, p. 34; Nicholas George, "Billions Face Threat of Water Shortage", *Financial Times*, 14 de agosto de 2001; "Low Water", *Financial Times*, 14 de agosto de 2001, p. 12.

² Jim Yardley, "For Texas Now, Water, Not Oil, Is Liquid Gold", *New York Times*, 16 de abril de 2001, p. A1.

del agua) para proporcionar agua gratis en jícaras a los sedentos. Los *Jal Mandirs* son parte de la antigua tradición de colocar *Pyoas*, puestos en lugares públicos donde se da agua gratuitamente. Lo anterior ejemplifica un choque entre dos culturas: una que ve el agua como algo sagrado y considera su suministro como una obligación para preservar la vida, y otra que la considera una mercancía cuya propiedad y comercio son derechos corporativos fundamentales. La cultura de la mercantilización está en guerra con las diversas culturas que comparten, reciben y dan agua gratuitamente. La cultura insostenible, no renovable y contaminante del plástico está en guerra con las civilizaciones basadas en la tierra y el barro y con las culturas de la renovación y el rejuvenecimiento. Imaginemos que mil millones de indios abandonaran la práctica de dar agua en los *Pyoas* y saciaran su sed con el agua en botellas de plástico. ¿Cuánta agua destruiría ese plástico? ¿Cuánta agua desvirtuaría ese plástico?

Las guerras paradigmáticas por el agua se dan en cada sociedad de oriente y occidente, del norte y del sur. En este sentido, las guerras del agua son guerras globales, con culturas y ecosistemas diversos que comparten la ética universal del agua como una necesidad ecológica y que están peleados con la cultura corporativa de la privatización, la avaricia y el cercamiento del agua comunal. De un lado de estas pugnas ecológicas y guerras paradigmáticas se encuentran millones de especies y de personas que buscan agua suficiente para su sustento. Del otro, se encuentra un puñado de corporaciones globales, predominantemente Suez Lyonnaise des Eaux, Vivendi Environment y Bechtel, apoyadas por instituciones globales como el Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio (OMT), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y los gobiernos del G-7.

A la par de estas guerras paradigmáticas se libran guerras reales por el agua entre regiones, dentro de países y en comunidades. Sea en Punjab o en Palestina, la violencia política suele derivarse de conflictos por los recursos hídricos escasos pero vitales. En algunos conflictos, el papel que desempeña el agua es explícito, como en el caso de Siria y Turquía, o en el de Egipto y Etiopía.³

Por otra parte, muchos conflictos políticos por esos recursos se ocultan o reprimen. Quienes ostentan el poder prefieren disfrazar las guerras del agua como conflictos étnicos y religiosos. Este camuflaje

³ Véase el capítulo 3 de este libro para un análisis más detallado de los conflictos por el agua en estos países.

es fácil de aplicar debido a que las regiones a lo largo de los ríos se encuentran pobladas por sociedades plurales con grupos, idiomas y prácticas diversos. Siempre es posible matizar las pugnas por el agua en esas regiones como conflictos entre regiones, religiones y etnias. En Punjab, un elemento de los conflictos que condujeron a la muerte de más de 15 000 personas durante la década de los ochenta fue la disensión en cuanto a compartir las aguas fluviales. Sin embargo, el conflicto, que se centraba en desacuerdos relacionados con el desarrollo e incluía estrategias sobre el uso y la distribución de los ríos de Punjab, fue descrito como un problema de separatismo sij. Las guerras del agua se plantean como guerras religiosas. Este planteamiento erróneo de las guerras del agua aleja la tan necesitada energía política de las soluciones justas y sostenibles para compartir el agua. Algo parecido ha ocurrido con los conflictos por la tierra y el agua entre palestinos e israelíes. Los conflictos por los recursos naturales se han presentado como conflictos de índole principalmente religiosa entre musulmanes y judíos.

Durante las últimas dos décadas he visto cómo conflictos por el desarrollo y por los recursos se transforman en conflictos comunales que culminan en extremismo y terrorismo. Mi libro *Violence of the Green Revolution* fue un intento por entender la ecología del terrorismo. Las lecciones que aprendí de las expresiones de fundamentalismo y terrorismo, diversas y cada vez más abundantes, se enumeran a continuación:

1. Los sistemas económicos no democráticos que centralizan el control sobre la toma de decisiones y los recursos, y que privan al pueblo de empleo y de una vida productiva, crean una cultura de inseguridad. Cada decisión política se traduce en políticas del "nosotros" y el "ellos". "Nosotros" hemos sido tratados injustamente, mientras que "ellos" han obtenido privilegios.
2. La destrucción de los derechos sobre los recursos y el deterioro del control democrático de los recursos naturales, la economía y los medios de producción socavan la identidad cultural. Cuando la identidad ya no proviene de la experiencia positiva de ser agricultor, artesano, maestro o enfermera, la cultura queda reducida a un caparazón negativo dentro del cual una identidad compite con la "otra" por recursos escasos que definen el poder económico y político.
3. Los sistemas económicos centralizados también erosionan la base democrática de la política. En una democracia, la agenda económica es la agenda política. Cuando la primera es secuestrada por el Banco

Mundial, el FMI o la OMC, se diezma la democracia. Las únicas cartas que les quedan para jugar a los políticos ansiosos por reunir votos son la raza, la religión y la etnia, que subsecuentemente originan el fundamentalismo. Y el fundamentalismo llena bien el vacío dejado por una democracia decadente. La globalización económica alimenta la inseguridad económica, deteriora la diversidad e identidad cultural, y ataca las libertades políticas del ciudadano. Proporciona tierra fértil para el cultivo del fundamentalismo y el terrorismo. En vez de integrar al pueblo, la globalización corporativa está desgarrando comunidades.

La supervivencia del pueblo y la democracia dependen de responder al doble fascismo de la globalización: el fascismo económico que destruye los derechos del pueblo sobre los recursos y el fascismo fundamentalista que se alimenta del desalojo, el desahucio, la insecuridad económica y el temor del pueblo. El 11 de septiembre de 2001, los trágicos ataques terroristas contra el Centro Mundial de Comercio y el Pentágono desencadenaron una "guerra contra el terrorismo" promulgada por el gobierno de Estados Unidos, encabezado por George W. Bush. A pesar de la retórica, esta guerra no contendrá al terrorismo debido a que no ataca sus raíces: la inseguridad económica, la subordinación cultural y el desahucio ecológico. La nueva guerra en realidad está creando una reacción en cadena de violencia y diseminando el virus del odio. Y aún resta ver la magnitud del daño causado a la tierra por las bombas "inteligentes" y los bombardeos masivos.

LA ECOLOGÍA DE LA PAZ

El 18 de septiembre de 2001 me uní a millones de personas de todo el mundo para guardar dos minutos de silencio en recuerdo de los miles que perdieron su vida el 11 de septiembre en el ataque al Centro Mundial de Comercio y al Pentágono. Sin embargo, también pensé en los millones que son víctimas de otros actos terroristas y otras formas de violencia. Asimismo, renové mi compromiso de oponerme a toda forma de violencia. Esa mañana estaba con tres mujeres —Laxmi, Raibari y Suranam— en el pueblo de Jhodia Sahi en Orissa. El esposo de Laxmi, Ghabi Jhodia, había sido uno de los 20 miembros de la tribu que habían muerto recientemente de inanición. En ese mismo pueblo, Subarna Jhodia también había muerto. Más tarde

de, aquel día, nos reunimos en la población de Bilamal con Singari, quien también había perdido a su esposo Sadha, su hijo mayor, Surat, su hijo menor, Paila, y su nuera, Sulami. Las políticas impuestas por el Banco Mundial debilitaron la economía alimentaria y dejaron a las poblaciones vulnerables a la hambruna.

Los gigantes de la minería como Hydro de Noruega, Alcan de Canadá, e Índico y Balco/Sterlite de la India se han sumado a la industria del papel para desencadenar una nueva oleada de terror. Han puesto sus ojos en la bauxita ubicada en las majesuosas colinas de Kashipur. La bauxita es la mena de donde se extrae el aluminio, mismo que se utiliza para las latas de Coca-Cola —una bebida que está desplazando la cultura del agua en la India— y para aviones de combate como los que están bombardeando masivamente Afganistán mientras escribo estas líneas. En 1993 detuvimos el terrorismo ecológico de la industria minera en mi tierra natal, el valle de Doon. El Tribunal Superior de Justicia de la India cerró las minas y dictaminó que es necesario detener el comercio que pone en riesgo la vida. Sin embargo, nuestras victorias ecológicas de los ochenta se deshicieron con la desregulación ambiental que acompañó a las políticas de globalización. Las productoras de aluminio deseaban las tierras de las tribus de Kashipur, y ello ha desencadenado una batalla entre los residentes y las corporaciones.

Este despojo forzoso de los recursos del pueblo es una forma de terrorismo: el terrorismo corporativo. Yo había acudido para ofrecer mi solidaridad a las víctimas de este terrorismo corporativo, que no sólo amenazaba con robar a 200 poblados la base de su supervivencia sino que ya había cobrado la vida de muchos residentes a manos de policías que les dispararon el 16 de diciembre de 2000. Los 50 milloenes de indios tribales que han visto inundados sus hogares debido a la construcción de presas en las últimas cuatro décadas también fueron víctimas del terrorismo: enfrentaron el terror de la tecnología y el desarrollo destructivo. Las 30 000 personas que murieron por los embates de un super ciclón en Orissa y los millones que morirán cuando las inundaciones, la sequía y los ciclones se recrudezcan, también enfrentan el terrorismo causado por el cambio climático y la contaminación con combustibles fósiles.

La destrucción de los recursos hídricos, de las cuencas fluviales y de los acuíferos forestales es una forma de terrorismo. Negarles a los pobres el acceso al agua al privatizar la distribución del líquido o al contaminar manantiales y ríos también es terrorismo. En el contexto

ecológico de las guerras del agua, terrorista no es sólo aquel que se esconde en las cuevas de Afganistán. Algunos se ocultan en las salas de juntas corporativas y tras las reglas del libre comercio de la OMC, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Se ocultan tras los condicionantes privatizadores del FMI y el Banco Mundial. Al negarse a firmar el protocolo de Kioto, el presidente Bush está cometiendo un acto de terrorismo ecológico contra numerosas comunidades que bien podrían ser borradas de la Tierra debido al calentamiento global. En Seattle, manifestantes llamaron a la OMC la "Organización Mundial del Terrorismo" (por sus siglas en inglés, WTO, "World Terrorism Organization") debido a que sus reglas niegan a millones de personas el derecho a una vida sustentable.

La avaricia y la apropiación de la parte de los recursos preciosos del planeta que corresponde a otros son la raíz de los conflictos y la raíz del terrorismo. Cuando el presidente Bush y el primer ministro Tony Blair anunciaron que el objetivo de la guerra mundial contra el terrorismo era la defensa del "estilo de vida" estadounidense y europeo, declararon una guerra al planeta: su petróleo, su agua, su biodiversidad. Un estilo de vida de 20% de la población de la Tierra que utiliza 80% de los recursos del planeta despojará a 80% de su población de su porción justa de recursos y, a la larga, destruirá al planeta. No podemos sobrevivir como especie si se privilegia y protege la avaricia y si la economía de la avaricia fija las reglas de cómo vivir y morir.

La ecología del terror nos muestra el camino a la paz, y ésta radica en nutrir la democracia ecológica y económica, así como la diversidad. La democracia no es sólo un ritual electoral, sino el poder del pueblo para moldear su destino, determinar la posesión y utilización de sus recursos naturales, decidir cómo saciar su sed, cómo producir y distribuir sus alimentos, y con cuáles sistemas de educación y salud contar.

Mientras recordamos a las víctimas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, fortalezcamos también nuestra solidaridad con los millones de víctimas invisibles de otras formas de terrorismo y violencia que amenazan la posibilidad misma de nuestro futuro en este planeta. Podemos convertir este momento histórico trágico y brutal en la construcción de culturas de la paz. Crear paz nos demanda solucionar las guerras por el agua, las guerras por el alimento, las guerras por la biodiversidad, las guerras por la atmósfera. Como di-

jera Gandhi, "la Tierra tiene suficiente para las necesidades de todos, pero no para la avaricia de unos cuantos". El ciclo del agua nos conecta a todos, y del agua podemos aprender el camino de la paz y el sendero de la libertad. Podemos aprender a trascender las guerras del agua creadas por la avaricia, el desperdicio y la injusticia, todo lo cual genera escasez en nuestro planeta tan pleno de agua. Podemos colaborar con el ciclo del agua para recuperar su abundancia. Podemos trabajar juntos para crear democracias del agua. Y si forjamos democracia, forjaremos la paz.